

Extraños en la casa

Extraños en la casa

Dorothy Gallagher

Traducción de Regina López Muñoz



MUÑECA INFINITA

Título original: *Strangers in the House*

© Georges Borchardt, Inc.

Por acuerdo con Agencia Literaria Carmen Balcells, S. A.

© del texto: Dorothy Gallagher, 2006

Primera edición en Muñeca Infinita: septiembre de 2023

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2023

Calle del Barco, 40, 3.º D ext.

28004 Madrid

editorial@munecainfinita.com

www.munecainfinita.com

© de la traducción: Regina López Muñoz, 2023

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere

Maquetación: Carmen Itamad

Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-125956-6-6

Código BIC: FA

Impresión: Kadmos

Depósito legal: M-24988-2023

Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Mi proceso de formación	15
Fueras quien fueras	23
Lo que ves es lo que hay	35
Misteriosa mujer declarada muerta; desaparecida desde su ruptura con los rojos	53
Jurado popular	69
Muy cerca del arte	97
El último amante de Foucault	111
Quieto	123
Extraños en la casa	137
Pura suerte	157
<hr/>	
AGRADECIMIENTOS	185
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS	187

Para Ben

*He hecho una lista de preguntas
cuyas respuestas ya no alcanzaré a saber,
porque es demasiado pronto para ello,
o porque seré incapaz de entenderlas.*

WIŚŁAWA SZYMBORSKA¹

¹ Primera estrofa del poema «Lista», en *Instante*, Montblanc, Igitur, 2004, traducción de Gerardo Beltrán y Abel Murcia. [Todas las notas son de la traductora].



Mi proceso de formación

Me encontré con Jack Hoffmann por la calle. Llevaba siglos sin verlo.

«¿Qué tal?», nos dijimos, y «¿Qué te cuentas?».

—No sé si te enteraste —dijo él—. Se murió Victor. De un infarto. Hace cinco años.

—¿En serio?

—Sí —dijo él—. En serio.

—¿El doctor Nielsen? —dije la primera vez que entré en su consulta.

Él asintió. Nunca discutía ese tratamiento.

Victor Nielsen no era médico, ni mucho menos, sino un antiguo cantante de ópera (danés). Era la época en que

cualquiera podía colgar una placa de psicoterapeuta «le-go».

Una esperaba que un danés fuese alto y rubio. No era el caso de Victor. Por aquel entonces rondaba los cincuenta y era de todo menos guapo: bajito y achaparrado, con la cara carnosa; pero tenía la cabeza grande y un pelo gris y abundante, y sentado parecía más alto. Buena parte de su trabajo consistía en estar sentado. También tenía unos ojos muy azules, y una voz grave y bien modulada con un acento cautivador, una voz preciosa que le confería mucha autoridad. Al final, había que reconocer que, en términos generales, era un hombre atractivo.

Tenía su consulta en el Upper West Side, creo que en la Calle 86, a tiro de piedra de Broadway. Era una habitación amplia, luminosa, sin cortinas, en un entresuelo. Si te ponías de pie, tenías una panorámica perfecta del trajín de la calle; sentada, veías desfilar las cabezas de la gente por delante de las ventanas. Me senté al otro lado del escritorio, frente a Victor. («Llámame Victor», dijo rehusando la necesidad del espurio título). Me había imaginado un diván de cuero, pero en su consulta solo había un escritorio, un par de sillas, una especie de alfombra de Marimekko y un sofá cama con una manta basta de algodón, azul verdosa, si no recuerdo mal. Cuando llegase el momento oportuno, pensé, me invitaría a tumbarme.

¿Qué hacía yo allí? Echando la vista atrás, me doy cuenta de que me había adelantado al cambio social. Apenas unos años después, una chica de diecinueve años —hecha un lío, intratable, deprimida, promiscua a su pesar— sería engullida por una cultura y por una causa: drogas, sexo esporádico, comunas, Vietnam; sabría qué ropa ponerse: vestidos *vintage*, prendas militares de segunda mano, vaqueros, camisetas; sabría cómo

peinarse: raya al medio, melena suelta hasta la cintura, y sabría qué música le correspondía: Dylan, Baez, etcétera. El caso era que yo usaba los aborrecibles ligueros y las medias de mi época, faldas rectas de lana y vestidos camiseros; todas las noches me arreglaba la media melena de modo que por las mañanas pareciera un paje; escuchaba a Frank Sinatra y a Vaughn Monroe, que no eran malos, desde luego, pero tampoco eran lo mío.

Mi madre estaba desesperada. Habló con su prima Sylvia, la asistente social.

—No puedo con ella —dijo mi madre—. Abandona los estudios, se pasa las noches por ahí, no me dice adónde va, se independiza, luego vuelve a casa, no aguanta en ningún trabajo, no me cuenta nada.

Sylvia, como buena asistente social que era, sabía lo que había que hacer:

—Mándala a un psicoterapeuta —dijo—. Conozco a uno.

De ahí que ahora estuviera sentada ante un escritorio frente a mi psicoterapeuta. ¿Y qué es lo que me dijo?

—Voy a convertirte en una auténtica mujercita.

Visité a Victor Nielsen una vez a la semana durante un par de años. Aparte de esa promesa, que reiteraba a menudo, no recuerdo ni una sola de las palabras que intercambiamos. Sin duda alguna, debí de hablarle de mi madre, de mi padre, y de cómo ambos me habían arruinado la vida. Por aquel entonces yo estaba coladita por el hombre que dos años más tarde se casaría conmigo; entretanto, me había dado puerta y yo me acostaba prácticamente con cualquiera que me lo pidiera. Cada vez que le hablaba a Victor de alguno de esos lances, me decía:

—Tienes madera de auténtica mujercita.

¿Quién tenía razón, Victor o mi padre, que había empezado a tildarme de prostituta?

Naturalmente, yo de prostituta no tenía nada, aunque entendía de dónde podía haberse sacado esa idea. De haberlo sabido, por ejemplo, mi padre podría haber dicho que una vez lo hice por diez centavos. Yo estaba de visita en San Francisco y un chico cuyo nombre ya no recuerdo se ofreció amablemente a enseñarme la ciudad. Pasamos juntos un largo día y, luego, una larga velada. Después de la cena propuso que pasáramos juntos también la noche. Yo me alojaba al otro lado de la bahía, en Berkeley, con mi prima Vivian. Era tarde, llovía, estaba cansada. Ese chico no me gustaba especialmente y, para colmo, estaba con la regla. Ponderé todos estos factores. Y a continuación pensé en esperar el autobús, que a esas horas tenía muy poca frecuencia, en el largo trayecto hasta Berkeley y en el paseo bajo la lluvia hasta la casa de mi prima. Diez centavos era lo que costaba el billete de autobús.

Una vez, durante muy poco tiempo, compartí apartamento con una chica que estaba desesperada por perder la virginidad. Era un bicho raro. Las cosas que me pasaban a mí nos pasaban a todas constantemente. Y lo más fácil siempre era decir que sí. Un «no» se consideraba de mala educación. Un «no» se interpretaría como algo personal.

«¿Por qué no? —diría el chico con incredulidad—. ¿Es que no te gusto?». Esa posibilidad estaba tan fuera de toda duda que ni se le habría pasado por la cabeza.

O podría ponerse desagradable: «¿Qué pasa, eres frígida?».

¡Menuda imbécil! Demasiado transigente con el macho arrogante. Demasiado considerada con su soberbia. Una noche

accedí a que un chico así, soberbio, arrogante, me llevase a la cama. No solo estaba casado, sino que encima era impotente, y se empecinaba en intentarlo una y otra vez. Fue extremadamente desagradable.

Al final dije:

—No, de verdad, ya vale.

Fui amabilísima. No mencioné que yo estaba dolorida, agotada y asqueada. No mencioné que él no daba la talla. Con mucho tacto, le dije:

—Mira, sé que estás casado; y a mí no me gustan los rollos de una noche.

Se puso hecho un basilisco.

—Pues más vale que te acostumbres a los rollos de una noche —dijo—, porque en la vida vas a encontrar otra cosa.

Lo lógico sería pensar que Victor podría haberme echado una mano con ese tipo de situaciones.

Al cabo de un par de años, Bob y yo nos casamos y no volví a ver a Victor hasta que Bob y yo nos separamos, tres años después. Para entonces me había echado un novio que se llamaba Jack. (Sí, *ese* Jack; el mismo que me daría la noticia de que Victor había muerto). Y aquí es donde la historia se pone interesante.

Jack había estado casado con una chica llamada Sheila. Sheila no era feliz en su matrimonio. Fue a ver a un psicoterapeuta. ¿A cuál? ¡A Victor! ¿Y con quién estaba casada Sheila ahora? ¡Con Victor! Tenían un bebé.

—¿En serio? —dije.

Por cierto, a Victor le dije:

—Esta situación..., que tú, Jack, Sheila, yo... estemos todos relacionados de una u otra forma, ¿no te supone, en fin, un problema... a nivel profesional?

—Problema, ninguno —dijo Victor—. Sheila te va a caer bien. La primera vez que vino a verme era una muchachita desorientada, pero ahora es una auténtica mujercita. —Y añadió—: Venid Jack y tú a pasar un fin de semana con nosotros.

Jack y yo pasamos varios fines de semana con Victor y Sheila. Nos hicimos muy amigos los cuatro. Eso sí, yo veía a Victor más a menudo, porque seguía siendo mi psicoterapeuta.

Un día le confesé a Victor que estaba harta de Jack.

—Vaya —dijo Victor.

Y, por lo visto, «el momento oportuno» había llegado.

Victor me tomó de la mano y me condujo hasta el sofá cama de la manta azul de algodón. Me tumbé. En esa postura ya no veía a la gente que pasaba por la calle. Lo único que veía era la cara carnosa de Victor cerniéndose sobre mí. Me susurró al oído:

—¿Ves? Ahora ya eres una auténtica mujercita.



Fueras quien fueras

Yo vivía en la 99 con Broadway, ¿te acuerdas? En aquel estudio en una decimoquinta planta. Solo una ventana y la cocina disimulada en un armario, igual que una cama abatible. Me gustaba aquel apartamento. Sin sorpresas, sin nadie al acecho en otra habitación.

Claro que te acuerdas de aquella casa. Me espíaste desde el otro lado de la calle durante casi todo aquel frío invierno, a veces hasta bien entrada la noche; vigilabas el portal esperando sorprender al hombre que yo había preferido en vez de a ti.

¿Cómo demonios creías que ibas a identificarlo, si se puede saber? ¿Tienes idea de cuántos apartamentos había en aquel edificio? Sesenta o setenta, fácilmente. Entraban y salían hombres a todas horas. Hombres que vivían en el edificio, uno de los cuales, te lo confieso ahora, era mi amante.

Jack. Jack, que vivía un piso por encima de mí. Menudo chiste.

No no, no era ningún chiste. Me lo tomaba a guasa solo porque estaba horrorizada. ¿Qué había hecho yo? Y tú, Bob, mi querido Bob, mi dulce Bob, habías perdido los papeles, estabas al borde del precipicio. Mi trastornado Bob. ¿Te acuerdas de la Nochevieja después de que te dejara? Llamaste al timbre. Jack estaba conmigo. Me daba miedo dejarte pasar, me daba miedo no dejarte.

—Te presento a Jack, mi vecino de arriba —te dije.

Por fin me habías pillado con un hombre, pero no fuiste capaz de atar cabos. ¿Por qué no? Claro que Jack no era más que un tapón, nada atractivo, ni siquiera para mí, pero así y todo debiste de preferir no darte por enterado. De haberte dado por enterado, habrías tenido que atizarlo con el puño americano que solías llevar encima. ¡Un puño americano! ¿Dónde narices se compraban los puños americanos?

Jack se marchó y nos quedamos solos. Te pedí que te marcharas también, pero no hubo manera. Te mostrabas amable y simpático, todo sonrisas, fue un error tremendo, me asustaste, Bob. Me metí en el cuarto de baño y eché el pestillo. Allí me quedé hasta que por fin te rendiste y oí que cerrabas la puerta al salir. Solo más tarde me di cuenta de que ya habías conseguido lo que habías venido a buscar. Encontraste mi agenda. Anotaste los números de teléfono de todos los hombres que figuraban en ella (solo había tres o cuatro posibles candidatos, ¿no?; el resto eran mi psicólogo, mis primos, nuestros amigos) y te pusiste a llamarlos uno por uno. No sé cómo, lograste convencer a un par de ellos para que quedaran contigo y los invitaste a una copa. Me contaron que les habías sonreído con lo que para

ti era tu sonrisa más afable y que les exigiste que confesaran que eran mis amantes. Lo negaron. ¿Cómo no iban a negarlo, con esa sonrisa amenazante y el puño americano abultando en el bolsillo derecho? Luego le hiciste una visita a mi psicólogo, que a su vez se lo contó a mi madre, quien a continuación empezó a mandarme recortes del *Daily Mirror*: «¡Asesina a la mujer que lo abandonó! ¡Esposo mata al amante de su exmujer y a su exmujer y se suicida!».

¿Qué había hecho yo? No estaba acostumbrada a provocar semejante efecto. Y he de reconocer que ese dramatismo resultaba de lo más emocionante.

¿Te acuerdas de Beth Kelly? Era guapísima, ¿a que sí? Tan rubia, tan delicada. Ay, Señor, han pasado tantos años que no la reconocería aunque se me sentara al lado. (¿Te reconocería a ti ahora? ¿O tú a mí, ya puestos?). Beth quería ser una estrella del cine, podría haber sido una estrella del cine, pero creo que no llegó a conseguirlo. De no ser por Beth, puede que nunca te hubiera dejado.

Cuando Beth volvió a casa en otoño, después de la gira veraniega, estaba embarazada. Ya lo sabías, ¿no? De dos meses. El bebé podría haber sido de Larry; él había ido a verla una o dos veces aquel verano. Beth podría haber dicho que era de Larry.

En aquella época vivíamos todos en el West Village, prácticamente en la misma casa; tú y yo separados de Larry y Beth por un muro de ladrillo. Visualizo aquellas casas con tanta claridad como si aún viviéramos allí. Todavía me maravilla el precio del alquiler: toda la casa, cuatro plantas, por doscientos